

Mártir Heroico

La Historia de Guido de Brés

Prologo

<u>Capítulo I:</u>	EL HACHA, LA CUERDA Y EL FUEGO
<u>Capítulo II:</u>	EL PREDICADOR HEREJE
<u>Capítulo III:</u>	POR ENCIMA DE LA MURALLA
<u>Capítulo IV:</u>	EL PRINCIPIO DEL FIN
<u>Capítulo V:</u>	SEA HECHA TU VOLUNTAD

PROLOGO

La emocionante historia de Guido de Brés, el campeón de la Reforma, autor de una Confesión de Fe que ha ejercido la mayor influencia en el mundo cristiano Reformado, es una novedad literaria en lengua inglesa, según hace constar la autora. Mucho más lo es para los que hablamos el idioma de Cervantes, extendido al igual que el inglés, a ambos lados del Océano.

Y es una novedad estimulante para la juventud de nuestro siglo, ávido de aventuras, pues Guido de Brés fue un aventurero, un hombre de arrojo, con la extraordinaria ventaja de que los azares de su vida no son producto de la imaginación de algún novelista, sino una realidad de carne y hueso, formando parte de un movimiento religioso que sacudió Europa entera en la Edad Media.

Guido de Brés fue como tantos otros adalides de la Reforma, un valiente a quien gustaba jugar con la muerte, como si hallare en ello algún aliciente o placer.

Valentía ficticia y real

Se ha dicho que el peligro atrae y enardece, a la vez que convierte en objetos de admiración a los que son capaces de afrontarlo con coraje. El bravo torero, el soldado voluntario, el atleta de circo, el motorista deportivo, y los actuales astronautas del espacio, son admirados por su valentía, al saber mirar la muerte de frente, desafiarla sin titubeos y esquivarla con su arrojo o destreza. Pero creemos que el desafío a la muerte tiene tanto más valor según la causa por la cual se corre el riesgo, o se cumple el supremo sacrificio. Nuestra admiración personal es mayor por el piloto del espacio que por el motorista, el equilibrista, o el torero; porque consideramos más importante el motivo por el cual exponen sus jóvenes y valiosas vidas.

Podemos elevar la comparación a los héroes de La Fe Cristiana de todos los siglos, que se sacrificaron y dieron sus vidas por la más gloriosa, elevada y útil de las causas; y afirmar, que los mártires de la Fe cristiana son los más grandes, los verdaderos héroes de la humanidad, porque arriesgaron y entregaron sus vidas por valores eternos, con un altruismo que admira a los hombres y a los mismos ángeles, según creemos. Rehusaron guardar para si mismos el tesoro del

Evangelio que trae salvación eterna, y tratando de comunicarlo a otras personas, o por no negar al Señor que les rescató sufrieron heroicamente los horrores del martirio.

Los relatos de aventura, de los grandes mártires del Cristianismo, de los mejores misioneros, y portavoces del Evangelio; de los hombres buenos y valientes de todos los siglos, debieran multiplicarse en nuestros días y sustituir tanta literatura insulsa de heroísmos inexistentes y necios, cuando no tendenciosos a ponderar el crimen, la astucia y el pecado. Creemos que los escritores cristianos debieran esforzarse, como lo procuró la autora de este opúsculo, en quitar el polvo de viejos archivos y ofrecernos en el mejor estilo novelesco, relatos auténticos de las vidas y hazañas, no de héroes imaginarios, sino de los verdaderos héroes de la humanidad; los que se han sacrificado por alguna causa útil en favor de sus semejantes, y sobre tacto por aquella que tiene que ver con valores eternos.

¿Mártires o herejes?

Al entrar a ocuparnos de los mártires de la Fe Cristiana, surge inevitablemente una pregunta en esta Edad Ecuménica. ¿Debemos apreciar a los que dieron sus vidas por la disidencia religiosa del siglo XVI como verdaderos mártires, poniéndoles en un plano de igualdad con los que perdieron sus vidas en los circos romanos o los misioneros martirizados por el fanatismo pagano de los pueblos a los cuales trataron de evangelizar?

La respuesta, por extraña que parezca en estos días de contemporización y tolerancia, es que la fe, e inquebrantable entereza de los mártires de la Reforma es más, mucho más de valorar que la de los mártires del Paganismo. No porque fuera una fe de mejor calidad, sino por adquirir más mérito a causa de las especiales circunstancias que concurrieron a su manifestación.

Sabemos que los mártires de los primeros siglos, daban sus vidas por un Cristianismo vigoroso que acababa de surgir de una revelación sobrenatural, "LAS COSAS QUE ENTRE NOSOTROS HAN SIDO CIERTISIMAS" podían afirmar los testigos oculares de la vida muerte y resurrección de Cristo. Sus inmediatos sucesores tenían también eficaces medios a su alcance, en aquellos primeros tiempos, para cerciorarse de la realidad histórica de tales hechos. Esta mayor medida de evidencia resta mérito a la calidad de la Fe, pues como dijo nuestro Señor: «¿Por qué viste Tomás creíste? Bienaventurados os que no vieron y creyeron".

La lucha de los primitivos cristianos era, además, contra Paganismo absurdo y desacreditado, del que se burlaban: a los filósofos escépticos de la época. Jesucristo había venido a llenar el vacío moral y espiritual sentido por los Sócrates, Platón, Platino, Filón y tantas otras mentes privilegiadas de su época. No es extraño que un filósofo como Justino, después de haber vagado por muchos años en la incertidumbre espiritual, una vez cerciorado de las evidencias que dieron origen a la Fe Cristiana, osara exclamar, respondiendo a la irónica pregunta del procónsul Rufus acerca de su esperanza celestial: «NO LO SUPONGO, LO SE, Y ESTOY ABSOLUTAMENTE SEGURO DE ELLO».

Pero era muy diferente el caso con los mártires de la Reforma, los cuales se hallaban en lucha, no con un Paganismo ridículo, de dioses vulgares, y a todas luces inexistentes, sino con una Organización Cristiana históricamente procedente de la misma fuente de Verdad que ellos

defendían; aparentemente poseedora de una autoridad espiritual, dada -según ellos- por el propio Salvador igualmente adorado por todos. Se trataba de conservar o de perder la vida en medio de atroces martirios, por mera interpretación o puntos de vista acerca de las verdades proclamadas por el mismo Señor y Maestro. La tentación era, por tanto, mucho más fuerte en su tiempo para llevarles a dudar de su propia posición. Fácilmente podían preguntarse: ¿No estaré equivocado? ¿No será mi entereza un pecado de presunción y orgullo? ¡ Podría hallarme con un cruel desengaño tras la cortina de la muerte! ¿Voy a arriesgar lo más precioso para mí y para los míos, entregando mi cuerpo alas llamas y a mis amados al desespero y a la infamia, por cuestiones tan sutiles como: «Si es superior el mérito de la fe al de las obras; cuando todos convenimos en que la fe se muestra por las obras? ¿Dará Dios tanta importancia a ser adorado en un lugar desprovisto de imágenes, hasta el punto de condenar a los que tratan de adorarlo con la ayuda de alguna representación material? Y así en otras diferencias dogmáticas tales como la de la transubstanciación consubstanciación o representación del cuerpo de Cristo en la Cena del Señor; el mérito de las indulgencias, o limosnas, para la remisión de pecados, etc.

Tales consideraciones podían atormentar la mente y la conciencia de los mártires de la Reforma, sobre todo después de sus agudas polémicas con teólogos sagaces de la Fe Católica-Romana, bien versados en la Sagrada Escritura y en literatura patristica. Podían además añadir en su propio beneficio o excusa: ¿«No es mi Dios, el mismo Dios de mis enemigos? Si les permite ser victoriosos y gobernantes ¿no será porque se agrada de ellos? De lo contrario, ¿no podré? excusarme diciéndole al Señor que me he limitado a cumplir el precepto apostólico de obedecer a las autoridades constituidas, ordenadas por El mismo?»

Lo que Roma debe a los mártires protestantes.

De haber razonado de este modo, los creyentes evangélicos del siglo XVI, habría fracasado enteramente la Reforma, y hoy día (como reconocen los mejores teólogos aun del campo católico) nadie sabe a que grado de corrupción y apostasía habría llegado la Iglesia Católica Romana del siglo XVI, careciendo del estímulo y acicate de la oposición Protestante.

Pero los mártires de la gloriosa Reforma Evangélica Medieval pensaron totalmente de otro modo. Para ellos la Fe cristiana era tan preciosa; la Vida eterna tan segura; la Sagrada Escritura tan infaliblemente Palabra del Dios vivo; la Obra redentora de Cristo tan valiosa y portentosa, que todo lo que significara una disminución de tales valores espirituales o tendiera al desprestigio de los mismos, debía ser combatido a toda costa, y la Verdad de Dios vindicada y presentada al pueblo en toda su pureza, sin reparar en esfuerzos o sacrificios.

Y así en vez de excusarse con los Pasajes de Romanos 13, y I Pedro 2:13-17 acerca de la sumisión a las autoridades de su época, citaban una y otra vez el famoso discurso da S. Pedro ante el Sanedrín hebreo: «Juzgad si es justo delante de Dios obedecer a vosotros antes que a Dios; estableciendo así el principio, hoy reconocido por todos, de la separación de la Iglesia y el Estado; preconizado ya por el mismo Salvador en su sagaz respuesta a los saduceos: «Dad a César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios».

No agitadores políticos, sino místicos.

Se ha tratado de presentar a los mártires de la Reforma como agitadores políticos, para atenuar o excusar la culpa de quienes los persiguieron por causa de su fe. Esta acusación puede ser real en algunos; pero no en otros ni en la mayoría. Ello queda patentizado en el caso de Guido de Brés y su colega y compañero de martirio de La Granje. Aun en este último, y en la mayoría de protestantes que lucharon con las armas en la mano, puede demostrarse que su objetivo no era político, o carnal, como diríamos en lenguaje bíblico; sino que lucharon para defender simple y esencialmente la Libertad Religiosa, como lo demuestra la facilidad con que se sometían gozosamente tan pronto como sus enemigos les ofrecían la paz, bajo promesa de libertad de Conciencia. La candidez de los Hugonotes franceses cuando eran victoriosos, y la facilidad que se dejaron engañar, vez tras vez, hasta caer en la trampa de la noche de San Bartolomé, prueba que el Movimiento religioso de la Reforma fue un genuino despertar espiritual de las conciencias más honestas que quedaban en la Iglesia Católica Romana en el siglo XVI, y no un Movimiento político, de matiz alguno.

Aquel despertar espiritual tenía como único motivo una fe profunda y un amor apasionado a la persona del Redentor. Puede afirmarse que el Movimiento Protestante fue la exteriorización de un profundo misticismo espiritual. Muchos tren con razón, que los famosos místicos españoles de la época habrían sido los más fervorosos Protestantes, de haber triunfado en España la Reforma. Tenemos de ello buena prueba en los escritos de Juan de Valdés y otros reformistas españoles del siglo XVI, cotejándolos con los de reconocidos místicos, como Teresa de Avila, Fray Luis de León y otros, que permanecieron en el seno del Catolicismo tan solamente a costa de reiteradas persecuciones y amenazadoras críticas.

El secreto de su heroísmo.

Es en esta profunda espiritualidad de los cristianos Reformados del siglo XVI, que radiaba el secreto de su extraordinaria valentía y desprecio de la muerte. Dios le sostuvo por medio de la fe. Una fe que se basaba, no en pruebas externas de milagros o de evidencia histórica. Estos, según el sentir de la época, estaban más bien al lado de sus enemigos. Su fe radicaba tan sólo y exclusivamente en el valor e infalibilidad de la Sagrada Escritura, leída, aceptada e interpretada de un modo natural.

Les sostenía, asimismo, su gran confianza, sumisa y paciente, en la soberanía de Dios, La seguridad que tenían de que todos los acontecimientos, buenos y malos, son por Dios permitidos u ordenados, y concurren al bien de los que le aman, en esta vida o en la venidera; y que aceptar el plan de Dios y promover su gloria es el ideal de todo fiel cristiano cueste lo que cueste.

Sin ofensa para el sentir Ecuménico.

Algunos se preguntarán si es oportuna la publicación de libros como el presente en esta edad Ecuménica. ¿Para que herir a los católicos de nuestro siglo con el recuerdo de hechos que los buenos católicos de nuestros días lamentan al igual que los cristianos evangélicos?

En primer lugar porque la razón y la caridad cristiana nos enseña que en modo alguno debemos culpar a los mantenedores de una idea de los crímenes cometidos en su nombre en siglos pasados. Nadie es responsable de los hechos de otras personas, y mucho menos de lejanas

épocas. Todos somos culpables del crimen de intolerancia, pero no de antepasados nuestros sino de la que llevamos en nuestros propios corazones y que nuestro Salvador nos exhorta a extirpar ordenándonos amar a nuestros enemigos, y bendecir a que nos maldicen.

Como expresamos en otro opúsculo titulado “Una vid, muchas ramas,” el autor de esta introducción se siente complacido por los buenos pasos que ha dado la Iglesia Católica Romana en el Concilio Vaticano II, tan diferente de otros concilios de triste memoria. Pero no creemos que la unión ecuménica a ciegas, es aquella a que se refería nuestro Señor Jesucristo en su oración dominical cuando clamaba «Que todos sean uno, como Tu oh Padre en Mi y Yo en Ti; que también ellos sean una EN NOSOTROS, para que el mundo crea que Tu me enviaste». Observemos que dice «que sean UNO EN NOSOTROS, esto significa que es el anhelante deseo del Salvador que sean una sola cosa ante el mundo, no todos los que se llaman cristianos, sino los que por una genuina conversión a Dios, habiendo recibido a Jesucristo como su Salvador personal, son real y positivamente UNA SOLA COSA CON SU REDENTOR y con el Padre Celestial.

Esperamos llegará el tiempo cuando católicos y protestantes levanten monumentos expiatorios en memoria de los mártires que dieron sus vidas con motivo de la disidencia religiosa del siglo XVI. Pero sería lamentable que ello se realizara como una fórmula de mutua complacencia, por haber disminuido o en unos y otros la tenacidad de la fe; la firme esperanza de los valores eternos, y el supremo ideal que aquellos sostuvieron de agrandar en todas las cosas, grandes y pequeñas, al Señor que les rescató. Mejor fanáticos que tibios y escépticos. No permitamos que fracase ahora, por excesiva complacencia o desinterés, lo que entonces costó torrentes de sangre mantener, en beneficio de todas las ramas de la Cristiandad.

Que sea el noble ejemplo de los mártires de todos los tiempos, primitivos o medievales, un estímulo a cualquier demanda actual de abnegación o sacrificio para la Obra de Dios. Y lo desagradable y repugnante de la intolerancia, un respectivo en favor de la más acendrada caridad y tolerancia, que el Maestro trató de enseñarnos en su día, y la Cristiandad de veinte siglos no supo aprender ni practicar.

Capítulo I

EL HACHA, LA CUERDA Y EL FUEGO

El anciano rey estaba traspasando su corona y todo el pueblo de Bruselas se preparaba para los festejos. Las banderas ondeaban al viento, las tiendas estaban cerradas y los ciudadanos vestidos con largos vestidos de seda y pomposos lazos, se agolpaban por las calles. Era en el mes de octubre del año 1555.

Carlos V, el anciano emperador, había decidido cambiar su Imperio por la celda de un monasterio. Nadie conocía la razón; pero todo el mundo estaba contento de tener una fiesta. Algunos eran incluso bastante ilusos para pensar que el nuevo rey Felipe pudiera ser más tolerante que su padre.

Las estrechas calles de Bruselas ascienden desde el río hasta el palacio en la cresta de la colina. Allí, en el gran salón principal se habían juntado los príncipes y nobles para oír el discurso de despedida del rey; quien hizo de la ocasión un gran espectáculo. Cojeando por la gota y respirando con dificultad por el asma, Carlos V se apoyaba en el fuerte brazo del príncipe de Orange, mientras contaba la historia de sus cuarenta años como emperador.

Era un muchacho de negros cabellos, en sus 15 años, cuando recibió el cetro y la corona. Pronto, mediante victoriosas batallas y astuta política, vino a ser el más poderoso gobernante de su tiempo. Emperador de Alemania, de España y los Países Bajos, y señor de todos los países conocidos en África, Asia y América, montando su magnífico caballo blanco, había dirigido sus ejércitos en cuarenta expediciones guerreras, desde Inglaterra al África.

¡Qué César había sido!, ¡Qué hombre tan poderoso presidiendo parlamentos o Dietas, firmando tratados y proclamando edictos que tenían que ver con la vida de todos los súbditos de su gran Imperio!

«Ha sido un largo y duro camino el de estas victorias -dijo el elocuente y anciano emperador con voz temblorosa, que trajo lágrimas a los ojos de los príncipes.- Y ahora, por amor a mi pueblo y al Imperio coronó a mi bien amado hijo Felipe, como rey en mi lugar».

Hubo unas pocas cosas que el emperador de blancos cabellos prefirió omitir en su discurso de despedida. Podía haber hablado de las derrotas de sus últimos años. De como el joven príncipe alemán, Mauricio le había atacado por sorpresa y hecho huir en un carruaje labriego a través de la baja neblina en las montañas. Como el rey francés le había hecho retroceder en una derrota que le costó sesenta mil guerreros. Asimismo su majestad el rey Carlos podía haber contado la sanguinaria historia de como sus edictos contra la herejía, habían llevado al cadalso y a la hoguera a 50.000 protestantes que creyeron en las verdades re-descubiertas en la Biblia.

Pero esto no lo dijo el Emperador. Por el contrario, con su amabilidad usual refirió a sus príncipes y nobles cuanto les amaba y como deseaba que ellos sirvieran a su hijo con la misma lealtad que le habían servido a El.

Cuando terminó la ceremonia y las fiestas, tomó un barco para España y el Monasterio de Yuste. Allí pasó los últimos tres años de su vida. redactando mensajes para su hijo; regañando a los cocineros, y atracándose de tortillas de sardina, perdices rellenas, y guisados de anguila, adobados con vasos del mejor vino; después que su doctor limpiara una y otra vez sus intestinos con grandes dosis de ruibarbo y hojas de sen.

Así empezó a gobernar Felipe II. El pueblo de los Países Bajos se preguntaban que clase de rey sería. Ciertamente no tenía nada de simpático. Pequeño, ceñudo, con una mandíbula inferior saliente, no poseía ninguno de los atractivos de su padre, Mientras que Carlos había podido hablar a sus pueblos en sus diversos idiomas, Felipe hablaba sólo el español su lengua nativa. A los 28 años era un hombre frío, astuto, cruel y vanidoso. Tenía pocas ideas propias, pero una gobernaba su vida: Quería ser recordado como el rey que aplastara totalmente la herejía protestante.

El anciano emperador había combatido la Reforma porque amenazaba su Imperio. Había asesinado a 50.000 protestantes para mantener la unidad de sus dominios; pero también había hecho al Papa prisionero, cierta vez, por estar en desacuerdo con él. Pero Felipe fue más allá. Su ardiente pasión era matar a toda persona que no fuera fiel a la Iglesia de Roma, la cual si significaba en su vida más que su mismo Imperio.

Felipe no podía tocar a los seguidores de Lutero en Alemania. No había heredado el imperio alemán, aunque su padre hubiese sido emperador allí por el voto de los príncipes alemanes independientes. Los gobernantes de Francia tenían su propio programa contra la herejía. En España, su patria, Felipe tenía pocas preocupaciones de carácter religioso. El pueblo español siempre había sido esclavo de sus reyes. Además estaba allí la horrible Inquisición en plena actividad. y sus enmascarados ministriles no dejaban hereje suelta; encerrándoles en oscuros confesiones de sus labias.

Pero en los Países Bajos las cosas eran diferentes. Felipe miró y vio un pueblo próspero, amante de la libertad, que había estado organizando sus 17 provincias durante siglos--De un pantano cenagoso, entre los deltas de tres grandes ríos que desembocan en el mar del Norte, habían hecho un precioso prado verde. El pueblo había conquistado el mar, reteniéndolo tras de sus diques. Ahora ellos viajaban y pescaban en una red de canales que algunas veces hacen de calles. Un pueblo que había vencido a tan poderoso enemigo como es el mar embravecido, tenía en sí el espíritu de la lucha. Eran gente ingeniosa. La flota holandesa de buques que navegaba en aquel tiempo por todos los mares, era superior a todas las otras flotas de Europa juntas. Estas naves se atrevían a viajar aun en las tempestades invernales. Traían diamantes de Borneo y especies de Calcuta. La ciudad de Antwerp se había convertido en el mayor huerto comercial de Europa. Quinientos barcos entraban diariamente en sus diques. Cada semana 2.000 carros de mercadería pasaban por sus puertas. Los comerciantes de toda Europa se daban cita en Antwerp. Y allí trajeron más que mercadería. Con sus personas introdujeron sus ideas, las enseñanzas reformadas de Lutero y Calvino. Al pueblo de los Países Bajos, aquellas ideas de Libertad Religiosa, les afectaron muy pronto profundamente.

Ya en aquellos tiempos, cuando el analfabetismo era común en Europa, los finlandeses y finmenceos podían leer y escribir. Se alababan que el más pobre pescador de sus costas, podía leer la Biblia dentro de la más humilde cabaña, y podía discutir inteligentemente de religión. ¿No había nacido el arte de la imprenta en Holanda? Con orgullo la gente contaba la historia de Los bosques cerca de la corteza de un árbol, luego que había cortado la corteza donde las letras se hallaban grabadas y las llevaba a sus niños. Cuando al llegar a casa abrió el saco, halló que la verde savia había impreso algunas de las letras en la tela, y así se le ocurrió la idea de la impresión. En el tiempo de Lutero -exactamente el mismo año que Lutero estuvo ante el emperador Carlos en la Dieta de Worms, en 1521 el nuevo Testamento fue publicado en Bélgica, y el pueblo empezó a leer por si mismo el libro prohibido por el Papa.

Felipe, pudo ver que esta gente no estaría para él ni aceptaría fácilmente sus ideas. Eran tercos en el mantenimiento de sus libertades. Cada una de sus 17 provincias tenían su Carta Magna y su gobierno dispuesto a mantener su derecho a vivir pensar y adorar a Dios libremente. Y ahora la Reforma había entrado, con todas las herejías de Lutero y Calvino. Los 50.000 mártires asesinados por su padre, no habían bastado para atemorizar al pueblo y arrancarle su nueva fe.

Bien -se dijo Felipe desdeñosamente- yo acabaré la obra que mi padre ha comenzado; yo limpiaré los Países Bajos de herejes, aunque tenga que matar a toda la población.

Felipe era cauteloso y astuto, y nunca se apresuraba. Primeramente dijo al pueblo que como nuevo rey honraría sus fueros, y respetaría sus gobiernos locales. Esto eran buenas noticias para la gente; pero el golpe vino tres años después. Cuando Felipe se sintió seguro, puso en vigor los edictos de su padre contra la herejía. El rey Carlos los había casi suspendido para allanar el camino de Felipe al trono.

Todo el mundo sabía lo que decían los edictos. El último y más terrible, publicado en el año 1540 hacia a la muerte en el cadalso, la más común tragedia para cualquier familia de Holanda, pues condenaba a dicha pena a cualquier ciudadano leal u pacífico, por el mero delito de hablar en favor de la Biblia o de la Reforma, aun en el propio hogar. Pena de muerte era asimismo el castigo al que fuera descubierto leyendo la Biblia o cualquier escrito reformado. Pena de muerte por asistir a un culto, o por dar alimento o albergue a un protestante fugitivo. Pena de muerte sin inicio legal. Muerte, después de estar aprisionado con cadenas y torturado para conseguir confesiones. Nadie se sentía seguro. Cualquier persona sin escrúpulos podía acusar a un vecino de herejía y recibir una parte de los bienes de la acusada, después de su ejecución. Estos fueron los edictos que Felipe restableció. Pronto el hacha, la cuerda, el fuego y el agua, fueron usados profusamente en el trabajo de decapitar, ahorcar, quemar y ahogar gente inocente.

Se levantó un gran clamor. ¿Era esta la libertad de los fueros que Felipe había prometido mantener? Escudándose tras la sombra de su difunto padre Felipe respondió blandamente que el no hacía nada nuevo. «Sólo estoy poniendo en ejecución los edictos de mi padre y estos hacen tiempo que forman parte de las leyes del Imperio», les dijo.

Felipe hizo más, obtuvo permiso del Papa para organizar catorce nuevos obispados católicos en Holanda, y tres nuevos arzobispados. Cada uno de los 14 nuevos obispos traía su séquito de ayudantes cazadores de herejes. Añadiendo a la injuria el insulto. Felipe dividió la caballería del país en pequeñas guarniciones separadas, e impotentes para sublevarse; y trajo a cuatro mil adiestrados guerreros de España. Ahora su Majestad el rey Felipe estaba listo para volver a su país natal. Aborrecía a los holandeses, y como le gustaba escribir largos documentos, podría gobernarlos fácilmente desde su palacio en España. Allí iba, además con vistas a su tercer matrimonio. Su segunda esposa María Tudor, (denominada “la sanguinaria”) reina de Inglaterra había fallecido poco antes.

¿Quién sería el regente que ejecutaría las órdenes de Felipe en los Países Bajos? Eligió para esta tarea a su hermanastra Margarita de Parma, que era una hija ilegítima del anciano rey. Esta mujer era alta, de rostro fiero, y se dice que tenía bigote. Como su famoso padre, sufría de gota. Para asegurarse de que Margarita le sería plenamente leal, Felipe se llevó a su hijo menor a España, como una especie de rehén. Al lado de Margarita dejó al astuto obispo de Arras como consejero.

Antes de embarcar, Felipe llamó a los diputados de las provincias. Usando al suave obispo Arras como intérprete, Felipe pidió a los diputados elevar las contribuciones del país a tres millones de florines de oro por encima de lo acostumbrado. Respecto a sus libertades nada dijo. Los diputados respondieron firmemente que, a menos que no fueran retiradas las tropas españolas, no

cumplirían la demanda del rey. Felipe se puso pálido de ira cuando esta respuesta le fue traducida. Se salió airadamente de la sala y la asamblea terminó en confusión. Pocos días después los diputados recibieron una carta en la que Felipe prometía retirar las tropas tan pronto como el dinero fuera enviado a España. No añadió que no tenía intención alguna de cumplir su promesa. A sus obispos y consejeros les dijo malhumoradamente que podían estar seguros de una cosa, que él nunca revocaría los edictos contra la herejía.

-«Puede costaros todas estas provincias, señor, dijo un obispo.

-«Pues bien, replicó Felipe- prefiero no reinar, que reinar sobre herejes».

Así embarcó en una flota real compuesta de noventa buques, por un Océano tempestuoso hasta el punto de que su Majestad corrió el peligro de no llegar a España.

En el país que Felipe dejó gustosamente, un predicador hereje estaba escribiendo una famosa Confesión de Fe. Este pequeño libro es la historia de este predicador y del famoso documento.

Capítulo II EL PREDICADOR HEREJE

Una mujer salió de la casa cercana al convento de monjas, acariciando su Rosario con los dedos anduvo sobre las calles empedradas de la ciudad de Mons, capital de la provincia más al sur de Bélgica. Una vez hubo pasado el castillo y el Ayuntamiento, situado al lado de la confina, pasó también de largo por la soberbia catedral, hasta llegar al otro extremo de la ciudad. Allí un monje italiano, viajero, estaba predicando en plena calle. La mujer se juntó a la muchedumbre que estaba oyéndole. Escuchó con devota atención y finalmente dijo en silenciosa oración: «Dios mío ¿por qué no me darías un hijo como éste? Haced que el hijo que llevo en mis entrañas sea un predicador de vuestra «Palabra. Poco después, en el año 1522, la familia de Juan de Bress celebraba el nacimiento de un hijo. Era el cuarto de la familia, y sus padres le llamaron Guido.

Cuarenta y cinco años más tarde en la oscura celda de una prisión, Guido de Bress escribió a su madre una carta de despedida en la cual le recordaba el caso de aquel monje, y su oración de que el hijo que llevaba en su seno pudiera ser un predicador. Con sus manos encadenadas escribió: «Tú pudiste a Dios, madre mía, y él oyó tu oración; y porque es rico en misericordia te dio más de lo que pediste. Tu le pedías un hijo que pudiera ser como aquel jesuita; pero Él me ha hecho, no un imitar de los jesuitas, sino de Jesucristo mismo; el cual me ha llamado a su santo misterio. No para enseñar las palabras de otros hombres, sino para predicar las puras palabras de Jesús y sus apóstoles. Esto he bocho hasta ahora».

«La pura Palabra de Jesús» había estado cambiando muchas vidas en el país de Bress. Ya en el año en que Guillo nació, un monasterio de Antwerp fue entregado a las llamas hasta sus cimientos porque sus monjes habían dado oído a la llamada herejía protestante. La Reforma vino también a Moras. Esta ciudad con su ancho foso y altos muros, era la capital de la provincia de Hainailt, cercana a la frontera francesa. Primero llegaron a Moras los escritos de Lutero; y

después, con los hugonotes que huían de la persecución de: Francia, vinieron las enseñanzas de Juan Calvino acerca de la Palabra de Dios.

Cuando los cinco hijos de Juan de Brés, entraron en la mayoría de edad, tuvieron que hacer frente a la Reforma. Juan, el hijo mayor, se hizo tintorero como su padre. Aunque ayudó a su hermano Cristóbal a escapar de las garras de la Inquisición, el propio Juan no tuvo valor suficiente para romper con la Iglesia de Roma. Cristóbal, el segundo hijo, era diferente. Tenía un negocio de cristalería; poco lo usaba como tapadera para una obra más importante, la de distribuir Biblias y libros protestantes. Cristóbal viajó a diversos puntos de Europa y trabajó con impresores de Valladolid y Lyon. A menudo en peligro de su vida y ocultándose bajo nombres falsos. Este famoso correo de la Palabra de Dios evitó su captura y trabajó fielmente para la Reforma durante toda su vida. Hubo un tercer hermano, Jerónimo, tintorero como el mayor, que como aquel fue un fiel católico. Seguía una hija única, Mailette, la cual se casó con un comerciante de lanas llamado Daniel de La Deuzem y ambos fueron activos en el grupo protestante de Valenciennes, la ciudad donde Guillo tuvo su último pastorado.

Guillo fue a la escuela en Moras, y trabajó como aprendiz con un pintor de cristales. La ciudad de Moras era conocida por sus artistas, especialmente los que decoraban ropa y vidrio. Un artista vidriero era tenido en alta consideración y el joven Guillo trabajó con interés para hacerse un perito en la materia. Pero mientras trabajaba con sus colores y cristales, su mente se dirigía a otros asuntos. Las cosas que había oído en la plaza del mercado; nociones parciales de las verdades sacadas a la luz de la Reforma; historias de protestantes quemados vivos, o decapitados en ciudades cercanas, por amor a tales verdades. Tenía 14 años cuando el gran traductor de La Biblia Guillermo Tyndale, de Inglaterra, fue estrangulado y quemado cerca de Antwerp. Tyndale había buscado refugio en Bélgica de las persecuciones de su propio país; pero los Países Bajos no le habían proporcionado tampoco un refugio seguro. Por fin, durante su adolescencia, Guido pudo tener una Biblia propia. La leyó en privado juntamente con otros escritos protestantes. Por cuanto tiempo leyó y luchó en su conciencia antes de que el Señor lo convirtiera no lo sabemos; sólo sabemos por sus propias palabras, en una de sus cartas, que fue convertido antes de llegar a los 25 años.

Así que el hijo menor de Juan de Bress, era también un hereje, expuesto a la muerte en la hoguera si daba a conocer su fe recientemente hallada. En 1548 Guido hizo la dura decisión de dejar su hogar. Fue a Inglaterra en donde el niño rey, Eduardo VI, acababa de ser elevado al trono. El joven rey de 10 años fue rodeado por consejeros que lo inclinaron a la fe Reformada, las enseñanzas de Calvino. Los refugiados protestantes eran bien acogidos entonces en Ingle terca; entre ellos se hallaron dos belgas que fundaron la primera iglesia de habla francesa en Inglaterra. Tomás Cranmer arzobispo de Canterbury instaba a los líderes de la Reforma a que fueron a Inglaterra. Esto trajo a las islas Británicas al gran polaco Juan de Lasco, así como a Martín Bucero, el pastor amigo de Calvino en Strasburgo, y a muchos otros. Estos hombres enseñaron, instituyendo clases de Teología, y escribieron catecismos y libros. El refugiado Guido de Bress aprovechó mucho el contacto con estas personas. Estudió bajo su dirección. Les vio establecer una congregación ordenada, les oyó predicar en las capillas de la calle de «La aguja enhebrada»; que era una de las iglesias dedicadas a cultos en lenguas distintas. Quince mil refugiados de muchos países estaban en Inglaterra en este tiempo. Por cuatro años De Bress vivió y aprendió en esta pacífica Colonia protestante.

En el año 1552 embarcó para su país. No podía soportar más el estar fuera. Quería ayudar a su propio pueblo. Probablemente había oído de la persecución que azotaba a los Países Bajos, porque el anciano emperador Carlos lo había preparado así para la coronación de su hijo Felipe II.

Vuelto a los Países Bajos, De Bress fue un predicador itinerante. A veces llevaba el nombre de Agustín de Mons. El grupo de cristianos de Lille se reunía secretamente en casas particulares. Se llamó «La iglesia de la Rosa» y su membresía incluye muchos mártires. De Bress trabajó mucho en su Iglesia de la Rosa, y además halló tiempo para estudiar y escribir. Su primer libro fue publicado el mismo año en que Felipe vino a ser rey, se llamó: «El báculo de la Fe cristiana». Constaba de 16 capítulos y fue traducido a diversas lenguas. Quizá Cristóbal, el hermano de Guido comerciante de cristalería arregló las cosas para que fuera publicado este libro en Lyon.

Esta obra discutía los principios de la fe Reformada y combatía los errores del Catolicismo. Fue dedicado al pueblo fiel de la «Iglesia de la Rosa», y en su portada figuraba el texto de Efesios: «Poniéndoos toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo y estar firmes...»

Pronto vinieron los días malos a la «Iglesia de la Rosa». El rey Felipe empezó su lucha sin cuartel contra los protestantes herejes. Un día del mes de marzo de 1556, el herrero Roberto Oggwier fue encerrado en la cárcel con su esposa y dos hijos mayores. En su casa se habían celebrado reuniones secretas de la «Iglesia Rosa». Después de una parodia de juicio, el padre y uno de los hijos, Balduino, fueron atados en la plaza del mercado de Lille y quemados vivos. Cuando las llamas los envolvieron pudo oírseles alentándose el uno al otro en el Señor. El día siguiente Juana, la madre y el otro hijo Martín, fueron llevados a la muerte. Desde su prisión Martín había escrito a los fieles de la Iglesia: Os ruego no olvidéis la santa doctrina del Evangelio que habéis recibido de nuestro hermano Guido». La carta fue pronto estrujada y destruida. Aunque los fieles habían sido animados por ella, era un documento comprometedor, y es natural que ninguno quisiera sufrir la suerte de la familia del herrero. Evidentemente era tiempo de huir para salvar sus vidas.

De Bress reunió a su gente una noche y les ofreció traerles a salvo a la ciudad alemana de Frankfurt. Allí había ya tres iglesias de refugiados. Trabajando en pequeños grupos separados; De Bress y algunos de sus feligreses pudieron escapar. Probablemente atravesaron la gran ciudad de Antwerp. Hacia el mes de mayo estaban en Frankfurt donde había una iglesia flamenca, a la cual se unieron con gozo. También había una iglesia de refugiados ingleses. María la Sanguinaria, que había sucedido al niño rey Eduardo en el trono de Inglaterra, había obligado a muchos a huir, y el famoso Juan Knox era el pastor temporal de estos refugiados.

También había una iglesia de refugiados franceses, pero sus miembros tuvieron serios problemas entre sí. En septiembre de aquel mismo año 1556, Juan Calvino vino de Ginebra para ayudarles de solucionar sus diferencias. De este modo De Bress pudo conocer personalmente al gran Reformador cuyos escritos había leído y aceptado con entusiasmo.

Quizá Calvino invitó a De Bress a ir a Suiza, o quizá De Bress procuró continuar sus estudios vendiendo allá. Quería estudiar griego y hebreo a fin de prepararse mejor para el pastoreo. Por dos años De Bress estuvo en la Academia protestante de Lausanne, y estudió griego con Teodoro Beza, el que vino a ser sucesor de Calvino en Ginebra. Cuando Beza fue a Ginebra para ayudar a Calvino,

De Bress fue con él. Estuvo un año esta ciudad de la Reforma. Los domingos iba oír a Calvino predicar bajo las bóvedas de la Iglesia de San Pedro. Los días de entre semana a día al pequeño auditorio, al otro lado de la donde se daban conferencias públicas de Teología.

Después de estudiar tres años, De Bress entregó a un activo ministerio. Embarcó en buque fluvial que viajaba por el Rhin. Esta v no a Mons o Lille, sino ala ciudad de Doornik situada a unas quince millas de Lille. Aquí iglesia protestante clandestina se llamaba “Iglesia de la Palma” y De Bress fue su pastor. Ten 37 años v era un solitario en su vida de fugitivo. No es extraño que fuera atraído por una señorita de ojos negros que se juntaba para adorar Dios en aquella congregación. Pero, ¿tenía derecho a casarse, un hombre constantemente perseguido de ciudad en ciudad? De Bress reveló amor a la señorita de ojos negros, Catalina Ramón, diciéndole que solo podía ofrecerle una vida de incertidumbres, en manto a las cosas materiales. Pero esto le bastaba a ella que compartía su esperanza de las cosas eternas. Respondió que su amor le bastaba y que estaba dispuesta a encomendar sus vidas en las manos de Dios. Algún día del año 1559 Guido de Bress y Catalina Ramón se casaron. El año siguiente les nació un hijo al que pusieron el nombre de Israel.

Durante su primer año de matrimonio De Bress empezó a bosquejar la Confesión de Fe que usaría la Iglesia Reformada por varios siglos, v por lo cual le daría gracias.

Capítulo III POR ENCIMA DE LA MURALLA

El centinela de la puerta principal del castillo de Doornik se alegró con la luz del alba. Oteando en la semi oscuridad observó un pequeño paquete en el lado interior de la muralla, cuando bajó para cumplir su oficio de quitar las barras de hierro que cerraban la puerta principal. Durante la noche alguien lo habla arrojado, por encima de las puertas. El paquete estaba bien sellado con lacte y dirigido al rey Felipe II. Dentro había dos cosas, un librito impreso en francés v una carta anónima escrita a mano.

De este extraño modo la Confesión de Fe de los Cristianos Reformados de Holanda fue presentada al rey Felipe v a su representante real en los Países Bajos. Era la noche del 1 al 2 de noviembre de 1561. Pero los rayones de esta carta anónima se hallan en la historia que vamos a contar y que empezó varios meses atrás.

Guido de Bress, se estableció en Doornik a fines de 1559 atando volvió de estudiar en Suiza. Trabajó también en otras ciudades, por ejemplo Lille, de la cual habla tenido que huir antes, en su ciudad natal de Mons y en Antwerp; pero ahora De Bress había venido a ser un pastor efectivo del pueblo reformado y muchas iglesias esperaban su ayuda. Constantemente se disfrazaba cambiándose una barba larga por una de corta o una capa flotante por una chaqueta v un sombrero. Se hacía llamar Jerónimo, y mucha gente de su propia congregación nunca le conocieron por otro nombre. En un extremo de la ciudad cerca de la muralla, De Bress alquiló dos habitaciones contiguas separadas por un jardín. Allí vivió cuando pernoctaba en Doornik y

nunca dejaba sus habitaciones hasta después de oscurecer. Probablemente su familia no podía vivir con él.

La ciudad de Doornik estaba cerca de la frontera francesa. Había sido una ciudad francesa por siglos hasta que el viejo emperador Carlos se apoderó de ellas y los magistrados de la ciudad no amaban mucho a sus nuevos amos. Por esto aunque la regente Margarita había enviado a sus oficiales para perseguir a los protestantes de Doornik los magistrados de la ciudad no se sentían inclinados a proseguir con gran celo la caza de herejes. Por tal razón De Bress esperaba que trabajando allí con cautela podría ganar a muchos a la fe reformada.

La congregación de Doornik se llamaba «Iglesia de la Palma». Ya en 1544 esta congregación había enviado a buscar un pastor de Strasburgo. Vino Pedro Brully, un predicador que sucedió a Juan Calvino entre los refugiados franceses de Strasburgo, pero hacía sólo tres meses que el pastor Brully estaba en Doornik cuando los enviados de la regente Margarita irrumpieron en la ciudad. Desde entonces bajo sus órdenes las puertas fueron estrechamente vigiladas y nadie podía salir sin un pase. Los amigos de Brully lo bajaron una noche con una cuerda por encima de la pared, pero cuando uno de ellos se inclinó por última vez para saludarle con la mano cayó una piedra con tan mala fortuna que rompió una pierna de Brully. Los guardias oyeron el ruido y Brully fue capturado y poco después quemado públicamente en la plaza del mercado. El próximo pastor corrió la misma suerte un año después, siendo también quemado vivo con cuatro de sus feligreses que fueron decapitados. Después de estas dos experiencias la Iglesia de la Palma se mantuvo por sí misma sin Pastor y ahora 15 años más tarde el joven De Bress había venido en su ayuda.

Todas las reuniones de la iglesia se tenían en secreto, después del anochecer, y nunca se juntaban más de 12 personas en un lugar. De Bress ayudó a la iglesia a organizarse y a elegir ancianos y diáconos, según la enseñanza de Calvino. Se celebró la Cena del Señor, se bautizaron los niños de los creyentes. Estos solían invitar a sus amigos para una cena. Allí De Bress –alias Jerónimo– oraba y meditaba la Palabra de Dios. Puesto que era una costumbre flamenca muy común el invitar a los amigos para una cena, este método servía muy bien para difundir la Palabra y traer nuevos convertidos a la Iglesia de la Palma.

Al principio, la mayoría de los creyentes eran de las clases humildes. Había una gran brecha entre las clases baja y alta de Doornik, pero De Bress lo mismo que Calvino, deseaba ganar gente influyente para el Evangelio. Por medio de estas cenas-coloquio, ad empezó a ocurrir. Aun el magistrado Tafill fue convertido, así como el abogado de Lattre y otra gente influyente. De Bress abrigaba la esperanza de que por medio de un trabajo secreto y cauteloso, la ciudad entera podía ser atraída a la fe Reformada.

Pero las dificultades empezaron por culpa de la propia congregación Reformada. La gente humilde no eran tan diplomáticos ni pacientes como su pastor Jerónimo. Viendo como progresaba el Evangelio en la ciudad, querían hacer alguna de grupo que era un conocido tejedor llamado Roberto, grupo era un tejedor llamado Roberto Duffour, du Four, quien estaba ansioso de hacer algo dramático. Se movía entre la gente humilde excitándoles a hacer algo hasta que no pudieron retroceder. En vano De Bress argüía que echarían a pique todo lo que se había adelantado si intentaban hacerse reconocer en la ciudad. “No” –respondían el tejedor y su gente–, «nosotros

estamos en la verdad y el Señor defenderá su Causa. Es tiempo de que vuestras voces sean oídas por oído el pueblo, y que todo el mundo conozca la verdad del Señor».

Du Four supo que dos años antes, en París, los protestantes osadamente habían cantado salmos en un parque cercano a la Universidad. Pensó que esto sería una buena idea para Doornik. En la noche del día de San Miguel, 29 de septiembre de 1661, algunos centenares de protestantes se juntaron en la plaza del mercado y bajaron por las calles en manifestación, cantando los salmos de David dos por Marot y puestos en música por el famoso Burgeois, quien escribió muchas de las tonadas que todavía cantamos en nuestras iglesias. El gobernador dio orden de que se disparara contra los cantores, pero gracias a la oscuridad hubo pocas víctimas. El día siguiente los magistrados de la ciudad dispusieron la iluminación de las principales calles y reiteraron la orden de que después de la puesta de sol nadie pudiera transitar por las calles sin su propia linterna, pero esto no detuvo a los cantores. La segunda noche se juntaron unos quinientos cubiertos con disfraces y largas capas, seguidos por una muchedumbre de curiosos. Como primera providencia apagaron las luces puestas por los magistrados y luego empezaron a cantar y a proferir frases favorables a la reforma y textos de la Biblia enfrente de la casa del vicario del Obispo.

El obispo de Doornik estaba en Bruselas, cuando alguien le trajo nuevas de lo ocurrido. Directamente se fue a ver a la regente Margarita. Esta se le puso furiosa, pensando que aquello era el preludio de una revuelta, ya que los magistrados de Doornik no le habían dado cuenta de lo ocurrido y había tenido que enterarse por medio del obispo. Inmediatamente envió a tres comisionados reales para promover la represión, trayendo una severa carta de reproche a los magistrados por no haber cumplido con su deber.

Lo cierto es que hasta la llegada de los comisionados poco había sido hecho, para descubrir a los promotores de la manifestación cantante. Dos personas habían sido puestas en la cárcel y soltadas poco después. Pero los delegados de la Regente no dejaron las cosas así. Centenares de personas fueron encarceladas y sometidas a tortura para hacerles hablar. Poco a poco se descubrieron todos los detalles. Que existía una congregación clandestina en Doornik que se celebraban reuniones secretas, que el tejedor du Four y otro miembro llamado du Mortier, habían sido los cabecillas de la manifestación de cantores y salmos. Y asimismo fue descubierto el hecho de que había un pastor principal llamado Jerónimo que había estado haciendo una labor activa en Doornik. Du Four y du Morder habían escapado de la ciudad, con gran consternación de los delegados reales, pero en la casa de du Mortier fueron hallados libros de Calvino cartas y una copia impresa de una Confesión de fe que no llevaba nombre de autor. Aparecía saber donde se encontraba el pastor Jerónimo, o si lo sabían los fieles no quisieron confesar el secreto. Algunos dijeron que había trabajado también en otras ciudades, siendo expedidas órdenes para buscarle en ellas. Nadie estaba enterado que el pastor era el gran hereje «de Bress».

Oculto en sus habitaciones cerca de la muralla, de Bress se preguntaba que tenía que hacer. Estaba ocurriendo lo que él ya había temido. Los cantores de salmos habían atraído a los enviados de Margarita a la ciudad y ahora la persecución aplastaría seguramente todas las posibilidades de convertir de un modo pacífico a la mayoría del pueblo. La Iglesia de la Palma fue calificada como un grupo de rebeldes a la autoridad real. La congregación era conceptuada a los ojos de los delegados como agitadores Anabaptistas conocidos por todas partes como

revolucionarios protestantes. La oportunidad para una propaganda cautelosa en Doornik había pasado. Quedaba sólo un camino. Hacer un esfuerzo para mostrar a las autoridades que el pueblo reformado no eran aquellos rebeldes políticos con los cuales se trataba de confundirles. Había llegado el tiempo de presentar la Confesión de Fe abiertamente, en vez de pasarla de mano en mano de un modo secreto entre la gente de la ciudad. Y como nadie podía tener la osadía de presentar la tal Confesión de Fe en persona se ideó, el plan de echarla por encima de la puerta del Castillo del Gobernador, donde se alojaban los comisionados reales.

En el año 1561 se imprimieron copias de la Confesión de Breas como una carta abierta al rey Felipe. Era una carta más corta y más vehemente aun que la que Calvino escribió al rey de Francia cuando presentó su famosa Institución de la Religión Cristiana.

Por medio de aquella carta De Bess esperaba hablar, no sólo al rey sino a todos los que se dignaran leerla, mostrándoles que el pueblo Reformado de los Países Bajos eran gente pacífica, obediente al Gobierno constituido; sin otra pretensión que el derecho de ser oídos en la defensa de su fe.

“LOS CREYENTES QUE ESTAN EN LOS PAISES BAJOS Y QUIERE VIVIR ACUERDO CON EL VERDADERO EVANGELIO DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO AL REY FELIPE, SU SOBERANO SEÑOR...” Ad empezaba la carta, hablando en nombre de cien mil protestantes flamencos. Después de aquella elocuente introducción seguía la Confesión de Fe, escrita también por de Breas y aprobada por otros ministros del Evangelio. Tras de aquellos 37 artículos, que muchos teólogos hoy día consideran como una de las mejores expresiones de la Fe Cristiana en todos los tiempos, seguía otra carta. Era una exhortación a los magistrados de las provincias. Vosotros sois ordenados por Dios -les decía de Breas y es vuestro deber juzgar con justicia, en vez de condenar a muerte a personas inocentes como bebés hecho hasta ahora.

De Breas esperaba cumplir varios objetivos por medio de esta Confesión. Ya había sido distribuida ampliamente en secreto a los creyentes como regla de fe. Por su medio pensaba combatir los errores de los Anabaptistas que mezclaban la política social con la religión, y trataba de reafirmar la fe de los creyentes. Procuraba asimismo de referir al rey y a sus oficiales de gobierno lo que creían exactamente los cristianos Reformados de los Países Bajos, con la esperanza de que el rey, dándose cuenta de que no eran agitadores políticos, tratara con misericordia a los que solamente se distinguían por su profesión religiosa.

Cuidadosamente de Breas y unos pocos amigos prepararon el paquete con una copia de la Confesión y aquella carta y que de Breas había escrito de su autógrafo le perjudicaría, si fuera aprehendido, pero de Breas estaba dispuesto a correr tal riesgo. En ella de Breas advertía a los comisionados reales que vivían en el castillo, en forma muy elocuente: “No Podréis vosotros, señores, detener la Reforma en los Países Bajos, y si lo intentáis por medio de vuestras sentencias de muerte, por cada mártir se levantarán un centenar en su lugar; y si proseguís en la dureza de vuestro corazón y en vuestros asesinatos, apelamos a Dios para que nos conceda gracia y paciencia para sufrirlo todo para la gloria de su nombre... y el cielo y la tierra darán testimonio algún día de que nos habéis condenado a muerte injustamente».

El paquete fue hallado el 2 de noviembre de 1562. Tres días después la regenta Margarita ordenó que cualquier persona en cuyo poder se hallara una copia de aquella Confesión, o fuera culpable de haberla distribuido, fuese arrestada y castigada. La búsqueda por el predicador jerónimo, se hizo más intensa.

Durante el próximo mes de diciembre, de Bress escapó de Doornik. Es extraño que no fuera descubierto mientras se hallaba allí. Según parece no osó tomar ninguna cosa consigo. El 10 de enero se declaró un pequeño incendio en su habitación y ello trajo el descubrimiento de todos sus enseres y papeles. Libros, sermones y 250 copias de la Confesión de Fe; una carta autógrafa de Juan Calvino, cartas y correspondencia con creyentes de Alemania, Francia y Suiza, fueron hallados y traídos triunfalmente a la regente Margarita, quien ordenó que todo ello fuera quemado públicamente.

El 21 de enero Guido de Bress fue quemado en efígie en la-plaza del mercado de Doornik. Guido en persona había escapado a Francia. El pastor jerónimo era conocido como el gran hereje Guido de Bress, quien había tenido la osadía de presentar su Confesión de Fe a las autoridades, y escapar de su persecución.

Capítulo IV EL PRINCIPIO DEL FIN

Por tercera y última vez Guido de Bress fue al destierro. En esta ocasión vivió casi cinco años en las poblaciones francesas cercanas a la frontera con los Países Bajos. Allí los hugonotes le dieron una cordial bienvenida, y trabajó como pastor en varias de sus congregaciones. Debió ser un gran gozo para Guido el tener a su familia consigo durante estos años. Después de su primer hijo Israel, vino una hija, Sara.

Pero también había persecución en Francia. En la ciudad de Amiens donde de Bress había trabajado años atrás como pastor, había luchas frecuentes entre hugonotes y católicos. Una de estas luchas terminó con el destrozo del púlpito en la casa donde de Bress predicaba. Entonces el fue puesto en prisión hasta que los hugonotes consiguieron libertarle por la influencia de su amigo, el bachiller duque de Boullion.

El primer año de su destierro de Bress vivió por lo menos en tres diferentes ciudades francesas. Después de Amiens fue a Montdidier y de allí a la ciudad costera de Diéppe. A principios del año 1553 el duque de Boullion proclamó libertad de cultos en la ciudad francesa que estaba bajo su Control. Poco después de este fausto suceso de Bress y su familia se trasladaron a Sedán, donde permanecieron por espacio de tres años, que resultaron muy fructíferos. De Bress predicaba, mantenía una extensa correspondencia, y aun halló tiempo para escribir tres obras de Teología.

Pero su mayor preocupación era por sus conciudadanos perseguidos, y no podía dejar de ir a verles. Tres veces viajó, atravesando el centenar de millas que separaba Sedán de Doornik, la ciudad donde había sido quemado en efígie. Disfrazado a pie, o alomo de caballo, se las

compuso cada vez para escapar a través de la frontera a la ciudad francesa de Sedán. En 1564 de Bress recibió un mensaje del gran duque príncipe de Orange. Venga a Bruselas, le decía el príncipe para que podamos discutir en secreto algunas propuestas que tengo para unir los calvinistas con los luteranos. Por la misma causa de Bress fue enviado también a Metz a consultar con los pastores que se hallaban desterrados allí.

También de Brés consiguió visitar su antigua congregación de Antwerp. Esta ciudad, floreciente en otro tiempo, era tan solo una sombra de lo que había sido. La tiranía y la persecución habían disminuido su comercio hasta hacerlo insignificante. Cuantas veces de Bress traspuso disfrazado los 200 kilómetros desde Sedán a Antwerp no lo sabemos; pero sus cartas a esta Iglesia son tan íntimas y calurosas que debió haber conocido bien a su gente.

En el mes de mayo de 1566 de Bress fue otra vez a Antwerp para el primer Sínodo de las Iglesias Reformadas de los Países Bajos, que se celebró allí. Aunque había muchas iglesias representadas, las reuniones eran de lo más secreto, pues solamente eran admitidos en ellos los que conocían la palabra del santo y seña, que en esta ocasión era «La viña del Señor». En este primer Sínodo la Confesión escrita por Guido de Bress fue adoptada como símbolo de fe. Desde entonces ha sido un modelo para todas las iglesias reformadas.

Dos meses más tarde, en julio de 1566, la iglesia de Antwerp envió a de Bress un mensaje suplicante. Su pastor Junios había salido para asistir a una conferencia importante; ¿querría de Bress venir a predicar en su lugar? Una vez más Guido de Bress hizo el peligroso viaje, pero esta vez no volvió a Sedán. Casi al llegar recibió otro llamamiento de ayuda. Procedía de la Iglesia de Valenciennes, cerca de la frontera francesa. Peregrino de la Granje, un valiente predicador; joven, educado en Ginebra, necesitaba ayuda y consejo del experimentado Guido para su “Iglesia del Águila”.

Quizá Guido de Bress, fue animado a aceptar el llamamiento de Valenciennes porque había claras señales de que la Reforma estaba sobreponiéndose al Régimen intolerante de la regente Margarita. El mismo mes en que de Bress vino a Antwerp el pueblo Reformado empezó a juntarse por millares en el campo abierto para oír la predicación de la Palabra de Dios. Salían muchedumbres de las ciudades y nadie podía detenerles. Las mujeres y los niños eran puestos en el centro de la comitiva. Hombres armados iban delante, y todo alrededor se colocaba los carricoches de diversos estilos, que podrían servir de parapeto en caso de ataque. Salían multitudes de seis, siete y hasta ocho mil personas, para juntarse en algún lugar campestre con el fin de oír la predicación de algún elocuente pastor itinerante. El poderoso acorde de los salmos cantados en los campos, resonaba por varios kilómetros en la campiña alrededor.

De Bress sabía esto cuando hizo la decisión de quedarse en los Países Bajos. El 1º de agosto de 1566 partió para Valenciennes, visitando de paso Doornik donde predicó secretamente a una parte de su congregación, en una casa situada detrás de la Abadía. Sus antiguos amigos de Doornik le acompañaron un trecho del camino a Valenciennes, y nuevos amigos futuros, feligreses de la “Iglesia del Águila”, vinieron a su encuentro. Un poco más tarde su familia se juntó a él en esta ciudad, y así empezó su ministerio, por el cual la iglesia le prometió un salario de 50 libras flamencas anuales. El 10 de agosto de Bress salió de la ciudad rodeado de sesenta

ginetes armados para ir a predicar a una gran multitud en el campo de Anzing, un suburbio de Valenciennes. En aquel mismo lugar su cuerpo fue enterrado nueve meses después.

De Brés predicó por espacio de hora y media a la multitud reunida en el campo de Anzing para oír al nuevo predicador. La crema de la nobleza de Valenciennes vino a escucharle. Después del culto, de Brees bautizó a un niño. Los 60 ginetes le escoltaron hasta su casa; pero abandonando las armas al pasar por las puertas de la ciudad, a fin de cumplir la ley del invasor. Durante todo el mes de agosto, de Brees y la Granje, predicaron en los campos. Por todas partes de los Países Bajos la marea de la Reforma subía y avanzaba. En algunos lugares traía una ola de destrucción: multitudes mal dirigidas por protestantes fanáticos, entraban en las catedrales y las saqueaban, rompiendo estatuas aplastando reliquias, y borrando en ellas toda traza de Catolicismo. También en Valenciennes las turbas saquearon dos catedrales, y más tarde estos edificios empezaron a ser usados para el culto protestante. La regente Margarita no tenía fuerzas para controlar el Movimiento. Llena de pánico firmó de mala gana, el 25 de agosto, un edicto proclamando Libertad de Cultos y haciendo cesar la Inquisición. El pueblo Reformado estaba lleno de júbilo. En Valenciennes, donde los dos tercios de la población de 30.000 personas habían aceptado la fe evangélica, el porvenir se presentaba optimista. Enfervorecida la población se dedicaba casi enteramente a las cosas espirituales. Los pastores de la Granje y Guido de Bress, eran los verdaderos amos de la ciudad. El comercio languideció y la gente vivía únicamente para escuchar las predicaciones de los dos pastores.

Pero las cosas cambiaron de pronto. Desde su palacio de España el rígido rey Felipe II envió órdenes y refuerzos militares a Margarita, y esta se sintió con fuerza, y halló excusas, para suprimir todas las libertades que había sido forzada a decretar. Las tropas de refuerzo enviadas por Felipe fueron mandadas a someter las ciudades donde los protestantes eran más poderosos. Se dejaba entrever el principio de una nueva persecución más feroz que nunca.

Los confiados Calvinistas de Valenciennes, decidieron cerrar sus puertas a las tropas de Felipe. Especialmente el pastor de la Granje era partidario de esta actitud. Cuando alguien sugirió que sería mejor doblegarse a las órdenes del Gobierno, la Granje respondió: «Preferiría quedarme mudo como un pez, antes que abrir mi boca para aconsejar a la gente una cosa tan irrazonable». Guido de Bress, hombre siempre moderado y respetuoso para el Gobierno ordenado por Dios disintió de la política radical de la Granje. Pero al igual que en la iglesia de Doornik el pueblo común era extremista, ya en la Granje. Guido de Bress, los burgueses y la nobleza que estaban a su lado, quedaron una pequeña minoría. La mayor parte del pueblo contaba con recibir ayuda del exterior en su lucha contra el rey de España. «Los pueblos hugonotes cruzarán la frontera para venir a ayudarnos, y en el norte está el príncipe de Orange desafiando constantemente el poder de la regente de España; no nos dejarán abandonados». Esto envalentonó a la población excitada de Valenciennes a tener unas breves negociaciones con el general Noircarmes, comandante de las tropas que acampaban cerca de la ciudad, que terminaron negativamente.

El 14 de diciembre de 1566 Margarita acusó formalmente a la población de Valenciennes de rebelión contra el rey y ordenó a Noircarmes sitiar la ciudad. Todo el pueblo de los Países Bajos estaba en suspenso, a ver que sucedería. Algunos hicieron más que esperar los acontecimientos. Tres mil ciudadanos valientes de las poblaciones vecinas, armados con picos, azadas y oxidados mosquetones, salieron para ayudar a sus compatriotas; pero fueron terriblemente derrotados por

las bien armadas tropas de Noircarmes, quienes condujeron a todos los prisioneros sobrevivientes a un edificio abandonado y le pegaron fuego, no permitiendo escapar a ninguno. El mes de febrero llegaron a Valenciennes las noticias aplastantes de que el Príncipe de Orange había abandonado el plan de ayudar a la ciudad sitiada. El libertador de Holanda no quería exponer su naciente ejército a una derrota; por lo cual aconsejaba al pueblo entrar en negociaciones en los mejores términos posibles. Pero la ciudad se mantuvo contra toda esperanza. Entretanto de Brés habla enviado una extensa defensa a los Enfados Generales, el Parlamento holandés; pero este intimidado por el poder de los invasores no respondió. El 21 y 22 de marzo Noircarmes, cumpliendo órdenes de Margarita dispuso sus baterías alrededor de la ciudad para atacar. El 23 de marzo, domingo de Ramos, abrió fuego contra ella.

Mientras las balas de cañón azotaban la muralla y hundían hogares en la ciudad, Guido de Breas predicaba su último sermón en la iglesia de San Gori. Las campanas del templo teñían la melodía del salmo 22, con su lamento: ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿por qué me has abandonado? El ataque terminó en tres horas. La ciudad de Valenciennes no estar preparada para defenderse; se había contado con la ayuda exterior y ésta no había llegado. Los magistrados ofrecieron rendirse con la condición de que perdonaran las vidas de los ciudadanos y los edificios no fueran destruidos.

Pero Noircarmes entró en Valenciennes como vencedor, y un pueblo derrotado no está en condiciones de pedir misericordia a un conquistador implacable. Para los pastores y para mucha gente de la ciudad, el Domingo de Ramos fue el principio del fin.

Capítulo V

SEA HECHA TU VOLUNTAD

La primera orden de Noircarmes, el domingo de Ramos de 1567, una vez hubo introducido sus fuerzas en la ciudad, fue que se cerraran todas las puertas de la muralla para que nadie pudiera escapar. Tenía órdenes severas de la regente Margarita de encontrar a los dos predicadores para que pudieran ser ahorcados en la plaza pública, después de haber sacado de ellos toda la información posible en el potro del tormento.

Pero de Bress y de la Granje no fueron hallados en parte alguna. Toda la semana prosiguió la búsqueda de casa en casa. Muchos fueron arrestados, pero no los predicadores. El viernes santo los dos hombres objeto de tan afanosa búsqueda, lograron deslizarse por algún sitio de la muralla fuera de la ciudad. Durante la tarde de este día el ciudadano Miguel Herlin salió de Valenciennes disfrazado, acompañado de su criado de 15 años Juan Vallin. Poco después salió el zapatero du Rieu disfrazado de soldado. Al caer la noche estos tres hombres se juntaron en el bosque cercano. Durante la oscuridad de la noche de Bress y de la Granje fueron bajados por la muralla y se dirigieron a un sitio convenido en el bosque. Dos horas antes de salir el sol encontraron a sus tres amigos y los cinco continuaron juntos, esperando llegar en salvo a Francia.

Al amanecer, cuatro de los viajeros se escondieron y el zapatero du Rieu se adelantó hacia la ciudad de Saint Aman. Allí encontró a un labriego que tenía un pequeño bote, a quien contrató

para pasar a los cuatro hombres a través del río. Travesía que se realizó felizmente llegando al pueblecito de Rumegies, cercano a Saint Aman; pero aquí terminó el feliz escape. Alguien reconoció a los predicadores, denunció el hecho, y los fugitivos fueron arrestados.

El alcalde de Saint Aman envió soldados para traerlos a aquella ciudad y omitió dar aviso de su captura al gobernador de la provincia que residía en Doornik. El alcalde se sentía tan enorgullecido de su hazaña que se trasladó inmediatamente a Bruselas para traer las nuevas personalmente a la regente Margarita. En tanto el gobernador de Doornik envió copas para traer a los prisioneros por la fuerza, con la amenaza de destruir el poblado. Ante tal actitud fueron entregados. Encadenados de manos y pies fueron traídos al castillo de Doornik y puestos en celdas separadas.

Durante 14 días de Bress fue prisionero en aquel castillo por encima de cuya puerta había sido introducida su Confesión de Fe seis años antes. Al principio se sintió atado y elido por su captura. En una de sus cartas a su Catalina escribió:

«Cuando fuimos arrestados me dije: Cuan estúpidos hemos sido de viajar en grupo. Yendo juntos había mayor peligro de infundir sospechas y ser reconocidos... pero pronto mi espíritu fue elevado, a meditar sobre la Providencia de Dios, y desde entonces mi corazón ha experimentado una maravillosa paz. Ahora puedo decir: Dios mío tu me hiciste nacer el día y la hora ordenada por ti; durante todos los días de mi vida me has guardado y preservado en medio de grandes peligros, y me has librado de todos ellos: y ahora, cuando ha llegado el tiempo en que debo pasar de esta vida terrenal para venir a Tí, que sea hecha tu voluntad. No puedo escapar de tus manos, y si pudiera no lo haría, pues es mi mayor gozo el someterme a Tu voluntad».

De Bress tuvo muchos visitantes en su calabozo del castillo de Doornik. Algunos vinieron para zaherirle, y a poner a prueba el famoso hereje que había sido atrapado por fin. Un capitán llamado Tamery vino un día, trayendo consigo a un serte y otros cinco oficiales. Tuvieron juntos una larga discusión con de Bress y cuando no pudieron refutar sus convincentes respuestas le dejaron; no sin antes advertir al sacerdote que este predicador debía ser comunicado para castigar su osadía.

Algunos visitantes vinieron a él por curiosidad. Uno de estos fue la condesa de Reux, que vino acompañada de otra dama y cuando vio las pesadas cadenas con que de Bress estaba sujeto dijo con horror:

Dios mío, señor de Bress; no comprendo como puede usted comer, beber y dormir en esta situación, y ante el pensamiento de lo que os espera. Yo creo que me moriría aquí mismo de miedo, si me hallara en vuestro lugar».

A lo cual respondió Guido de Bress:

-Señora mía: La buena Causa por la cual sufro, y la buena conciencia que tengo ante el Señor, hacen mi pan más dulce, y mi sueño más profundo, que el de mis perseguidores.

-Pero ¡vuestras cadenas! -exclamo la condesa- ¿como podéis vivir encadenado de este modo?

-Es la culpa lo que hace pesada una cadena -respondió de Breas- la inocencia hace mis cadenas muy ligeras. Yo me glorío en ellas como trofeos de honor.

Entretanto había una contienda sobre quien tenía autoridad para juzgar a de Breas y la Granje. Era un honor que se disputaban el gobernador de Doornik y el comandante de Valenciennes, Margarita solucionó la querrela, ordenando que los predicadores y sus amigos fueran juzgados en Valenciennes, donde habían cometido su «» contra el rey. Fueron traídos al pueblo de Saint Aman donde las tropas de ocupación de Valencia se harían cargo de ellos. El capitán Tamery, que había ido a disputar con de Bress, recibió el encargo de transportar los prisioneros a Saint Aman. Con crueldad inhumana se vengó de que de Bress le hubiese derrocado, demostrando con argumentos ante sus amigos, que la fe Reformada era más bíblica y apostólica que la que Tamery defendía. En represalia Guido de Breas fue echado en una carreta sin ningún almohadón de paja, como era costumbre. De este modo tuvo que sufrir los incesantes golpes producidos por los baches de la carreta. Además de las pesadas cadenas, que unían sus pies, y eran más que suficientes para descartar todo intento de fuga, hizo de maniatar y atarle, a los barrotes del carro, dejándole sin protección alguna contra el frío.

Allí de Bress fue puesto en una oscura prisión llamada Brunain. Era un lugar asqueroso, tan oscuro y sucio, que lo llamaban «La cueva negra», compañía de 200 soldados esperaban a los cinco prisioneros para conducirles a Valenciennes.

De Breas fue puesto en una celda copa única luz venía de una pequeña ventana en el techo por la cual caían las defecaciones de los prisioneros de las celdas del piso superior. Las pesadas cadenas de sus manos y pies le harían la carne, abriéndole cicatrices hasta el huso. Solamente era sacado para los interrogatorios, siempre a base de tortura.

Sin embargo, en siete semanas de estancia en este lugar insufrible, de Bress fue capaz de escribir, no sólo sus conmovedoras cartas de despedida, sino también un largo “Tratado sobre la Cena del Señor y la Misa”. Fue un escrito tan largo que comprende 233 páginas en el expediente de su causa; donde fue reproducido literalmente. Fue escrito en forma de carta a su “Iglesia del Águila” en Valenciennes. ¿Cómo pudo escribir una obra tan brillante y bien pensada dentro de la peor mazmorra de la tétrica prisión' denominada «la cueva negra»? ha maravillado a muchos.

Y no menos maravillan sus cartas, de tierna despedida a su esposa, a su madre y a su congregación. Rogó a la «Iglesia del Águila» cuidar de su esposa y de sus cinco hijos, diciéndoles:

«Ya no podréis darme más pruebas de vuestro cariño; os ruego que las mostréis a mi familia. Por amor del Hijo de Dios y en su servicio, a mi esposa le ha sido arrebatado el marido y a mis hijos su padre. Estad con ellos en su necesidad».

La carta de de-Bress a su madre, es un escrito serio; una especie de testamento espiritual, revisando toda su vida en vista a su próxima muerte. En una de sus varias cartas a su esposa escribe:

«Mi querida y bien amada esposa en nuestro señor Jesús. Tu natural dolor y angustia me muevan a escribirte esta carta. Ardiente te ruego que no te entristezcas mas allá de lo debido... ya sabemos cuando nos casamos que no podríamos estar juntos muchos años, y el Señor en su gracia nos ha concedido siete. Si el Señor hubiese querido que viviésemos juntos por más tiempo podía haberlo hecho fácilmente. Pero no fue esta Su voluntad. Que su querer sea hecho y sea esto razón suficiente para que nosotros lo aceptemos. Considera, querida mía, que no he caído en las manos de mis enemigos por casualidad, sino por la voluntad de Aquel que guía y gobierna todas las cosas, grandes y pequeñas... Estas consideraciones son las que han puesto gozo y paz en mi corazón; y te ruego, mi querida y fiel compañera, que te regocijes conmigo y des gracias al buen Dios por lo que El está haciendo; pues El no hace nunca nada que no sea a la vez bueno y justo... Te ruego seas confortada en el Señor. Que te confíes a ti misma y tus afanes a El; pues El es el marido de las viudas y padre de los huérfanos, y nunca te dejará ni olvidará... Adiós mi buen amada Catalina; ruego a Dios que te consuele y te conceda resignación a Su santa voluntad.

Tu fiel esposo,

Guido de Bress.

Era la víspera de Pentecostés; 31 de mayo de 1567 cuando un capitán del ejército despertó a de Bress a las 3 de la madrugada para decirle que sería ejecutado 3 horas más tarde. Los dos predicadores fueron ahorcados. Tres otras personas incluyendo a Herlin, el que anudó a escapar a los predicadores y fue apresado con ellos, fueron decapitados el mismo día.

Es interesante decir que el zapatero du Rieu pudo escaparse de la prisión un año después; pero el criado de Herlin, de 15 años, sufrió prisión por dos años más, y después decapitado.

Se permitió a de Bress despedirse de los otros prisioneros, lo que hizo con toda calma y gozo. Hermanos --les dijo- he sido condenado a morir esta mañana por la doctrina del Hijo de Dios, alabado sea su nombre. Me siento feliz. Nunca hubiese pensado en mi juventud que Dios me concedería semejante honor».

A las seis de la mañana de este domingo los predicadores fueron traídos al Ayuntamiento de Valenciennes para oír su sentencia. Una gran multitud se había juntado alrededor del cadalso levantado en la Placa del Mercado. Catalina de Bress había partido con sus hijos, a la ciudad más segura de Sedán, donde había vivido antes Guido de Bress; así fue misericordiosamente preservada de ver la muerte de su marido.

De la Granje fue ejecutado primeró: Cuando llegó el turno a de Bress se detuvo en el primer peldaño de la escalera para orar y predicar; pero no se le permitió terminar. De pie sobre el peldaño, con la cuerda atada al cuello, habló a la multitud reunida alrededor del cadalso. Aun en tal ocasión no habló contra el Gobierno sino que exhortó al pueblo a respetar a las autoridades. Elocuentemente les rogó tan sólo ser fieles a la Palabra de Dios que él les había predicado en toda su pureza. Mientras estaba hablando el verdugo recibió la señal de actuar, y levantó a su víctima de la escalera.

Desde la mañana hasta la tarde los cuerpos de los predicadores se balancearon en la plaza del Mercado y, un silencio sepulcral reinó todo el día en la ciudad donde ellos habían predicado y traído a tantos a la fe de Cristo. Antes del anochecer, los cuerpos fueron enterrados en sencillos hoyos en un campo del monte Ancin, el lugar donde de Bress había hecho su primera predicación al aire libre. Algunos cronistas dicen que animales hambrientos hicieron presa de sus cuerpos, citando las palabras del salmo 79. «Dieron los cuerpos por comida a las aves de los cielos; la carne de sus santos a las bestias de la tierra».

Tres meses después de la muerte de de Bress, llegó a los Países Bajos el sanguinario Duque de Alba, que multiplicó la matanza de cristianos Reformados, de la cual la horca de Valenciennes habla sido sólo el preludio. El terror del Duque de Alba aplastó a todas las iglesias semejantes a la de «La Palma», «de la Rosa» y «del Águila», donde de Bress había servido a su Maestro con tanta fidelidad; y el pueblo Belga que había aceptado la Reforma tan entusiásticamente como sus hermanos del Norte, no logró sacudir el yugo político y ni la oscuridad espiritual que caracteriza el Catolicismo nominal de la mayoría de sus habitantes.

Pero el gran predicador hereje que murió gozosamente por aquella fe que sus propios conciudadanos belgas no pudieron aprovechar, dejó un tesoro para el mundo entero. Por medio de su obra maestra «La Confesión de Fe» Guillo de Brees ha hablado a las iglesias Reformadas por muchos siglos y en muchos países.

Bienaventurados los que mueren en el Señor... descansaran de sus trabajos, y sus obras siguen... y nosotros los que leemos la historia de su vida y su muerte nos sentimos inspirados de nuevo para vivir por la fe que tan admirablemente supo él exponer en el tesoro literario que nos ha dejado y por la cual supo morir de un modo tan fiel y consecuente.
